



COMENTARIO

Tenemos ante todo que comentar una pasada tontería gubernamental o de la censura en Barcelona. Y la tontería es siempre más grave, mucho más grave que la violencia.

El día 19 de este mes de marzo publicábamos aquí mismo un comentario en que, hablando de cómo el señor García Prieto sacaba a las veces el cristo ante las izquierdas diciéndoles que si no le facilitaban su gestión—es decir, la del señor de la Cierva—, no podría llegar a votarse la amnistía, añadíamos: «Y no nos sorprendería que saliese al cabo diciendo: «La amnistía, sí; pero a cambio de que no me estorbéis estas reformas pecuniario-militares.» Pues bien; este comentario fué reproducido por el diario «La Lucha», de Barcelona, de que es director Marcelino Domingo, y esas palabras que se dejaron circular en este diario fueron tachadas por la previa censura militar en Barcelona. Lo cual no es más que una tontería, una insigne tontería.

¿Es que se cree que cabe matar las ideas y la verdad con un lápiz rojo esgrimido en vez de sable? No; las ideas no se matan ni a cañonazos. No ya la censura militar, mas ni la estrategia pueden nada contra la verdad.

Lo que era lícito en Madrid resultaba ilícito en Barcelona, y más acaso en el diario de Marcelino Domingo. Lo que debe hacernos pensar qué es lo que habría salido de la labor fiscalizadora del Parlamento si llega a vencer la conspiración ciervo-pretoriana. Habría barrido el Parlamento de seguro; pero, por lo menos, habrían puesto mordaza a Marcelino Domingo para que no cuente al país desde su puesto de diputado de la nación lo que con él se hizo en el cuartel de Atarazanas y de lo que no sabemos si se instruyó sumario y si ha quedado o no impune. Porque no conviene perder con el triunfo—¿pasajero o duradero?—la memoria. Ni amnistía es lo mismo que amnesia.

Preguntamos si este reciente triunfo de la civilidad será pasajero o duradero porque parece ser que el Dictador al dictado, al despedirse de los jenízaros y otros que fueron a la estación a despedirle, dijo: «¡Hasta luego!» o cosa así. También D. Carlos María de los Dolores de Borbón y Este, pretendiente al Trono de España con el nombre de Carlos VII, al atravesar la frontera francesa por el puente de Arnegui el 27 de febrero de 1876, segundo día de Carnaval (!!), exclamó: «¡Volveré! ¡Volveré!» Y no ha vuelto. Pero la Historia nos ofrece ejemplos para todos los gustos.

«¡Cuando esta piedra flote volveréis a Serbia!», dijo Vuchich a Milosh Obrenovich, el cabeza de la trágica dinastía que acabó el 10 de junio de 1903, cuando, después de abdicar en su hijo Milano, cruzó Milosh el Save en 1834. Y Milosh contestó: «¡Moriré como gobernante de Serbia!» Y volvió en 1859, después de una ausencia de veinte años, para morir, siendo Soberano, en 1860, después de haber tiranizado a su patria. Es, pues, peligroso decir: «Cuando esta piedra flote...» En vez de confiar en que no han de flotar las piedras es mejor estarse ojo avizor para impedir que salgan a flote los dictadores que fueron a tiempo hundidos.

Y volviendo de esta diversión histórica—en gracia a la amenidad—al tema de este nuestro comentario, diremos que el pretender ponerle tincheras a la libre emisión de la verdad es como querer ponerle puertas al campo. Y más cuando hay espíritus decididos a trabajar duro, a mirar hondo y a ir lejos.

Se preparaba, sin duda, ahogar la función fiscalizadora del Parlamento y tal vez la de la Prensa, volver a aquella desesperada previa censura de los días de agosto último. La verdad oficial sería una consigna, un santo y seña, como el que dicen que se da a los centinelas.

Mas ahora hay quien cree que con este Gobierno que llaman nacional, ya que no pueden llamarlo popular; con este Gobierno de concentración de los caudillos de la política profesional, de los grandes caciques de la electorería gubernamental, con esto hay quien cree que va también a quedar prácticamente anulada la función fiscalizadora del Parlamento, y ello aun a pesar de que presida el Ministerio, como ex presidente más antiguo del Consejo, el hombre de la ciudadanía y de la luz y de los taquígrafos.

Hay quien cree que ahora se pondrán frente a frente los dos conceptos de democracia; el espurio y falso frente al legítimo y sano. Porque democracia no es dominio de la mayoría; democracia es publicidad. «Votos son triunfos» es un principio anti-democrático. El triunfo podrán darlo los votos; pero la justicia no la da sino la publicidad. Y despotismo

no quiere decir régimen de violencia, sino régimen de secreto.

Y que no quieran cerrar las bocas con eso del patriotismo. El patriotismo exige que se sepa todo, absolutamente todo. Lo peor del régimen pretoriano, de la gobernación por jenízaros que el ex-Dictador quería imponernos para acabar con el liberalismo y la democracia españolas es que es un régimen de secreto, despótico. Las facciosas Juntas eran secretas, casi masonicas.

«¡Luz y taquígrafos!» clamamos ahora nosotros a los oídos del apóstol civil de la ciudadanía. ¡Luz, luz, luz! ¡Que se pregunte todo, que se responda a todo, que se diga todo, que se sepa todo! Que no quede un solo secreto de cámara o de camarilla, de cuartel o de peña, de sacristía acaso, sin violar.

Mas importa poco que se le ponga sordina o bozal al Parlamento si queda la Prensa. Después de todo, este caótico Parlamento, adonde van por primera vez tantos señoritos—que resultarán sordo-mudos—que han comprado sus actas con su dinero o con el ajeno, este Parlamento de la renovación maldita la labor fiscalizadora y democrática—es decir, de publicidad—que ha de hacer. Pero queda la Prensa.

Claro que a la Prensa no están obligados a responder los gobernantes; pero de poco sirve hacerse el sueco cuando el que grita no se cansa de gritar. Y nos han de oír.

¿Cuánto durará este civil y patriótico—no es justo regateárselo—Gobierno? No lo sabemos; pero sí que será Cambó el que lo deshaga; Cambó, que en cuanto pueda meterá su pleito gritando en algún Consejo: «¡Visca Catalunya!» Sépase que Cambó fué una vez a visitar a un ex-diputado catalán y amigo nuestro—que es quien nos lo ha contado—para que fuese a la abortada Conferencia de Estocolmo representando al socialismo de la nación catalana. Es seguro que para los suyos se apunta este Gobierno como un triunfo de la «Lliga» Y sacará su pleito.

Mas este merece comentario aparte.

Miguel de Unamuno.

